



VENTERO (Sr. Mesejo)



EL CURA (Sr. Ramiro)



CUADRILLERO (Sr. Pérez Soriano)

algo os contarán acaso de un mancebo que luchó en la galera *Marquesa*, según ellos, con valor. Dura fiebre le postraba, cuando el eco del cañón del memorable combate los comienzos anunció. Dejó el lecho, subió al puente con presteza y sin temor, y la sangre que en sus venas la calentura inflamó pronto halló fácil salida por cerca del corazón, que el plomo turco en su pecho dos anchas bocas abrió, sin contar otra, que á un brazo quitó por siempre el vigor; pero fué la mano izquierda la herida ¡gracias á Dios! La diestra quedaba libre, y en ella un buen espadón. Con él entró al abordaje del enemigo feroz en dos barcos, con él hizo cosas que públicas son... y la fiebre mitigada por la sangre que vertió, pudo ver el desenlace de aquella escena de horror. Rojo el mar y rojo el cielo; sobre el agua, en confusión, hombres que aun en la agonía se atacaban con furor, cadáveres, jarcias, velas, naves rotas en montón... roncós gritos de victoria, tristes ayes de dolor; el aire, cárdena nube; el mar, inmenso crisol; más de doscientas galeras ardiendo en vivo fulgor, y el de Austria, en la suya, alzando de España junto al pendón el del vencido agareno



BLAS (Sr. Ontiveros)  
Fot. Candela

que con su mano apresó. ¡Era el cuadro tan hermoso que para verlo mejor el sol con vivos destellos la humareda desgarró, y así tuvo la figura del glorioso vencedor, por espada, rayo ardiente, por corona, el mismo sol!

Apenas terminada esta relación, que todos escuchan con religioso silencio, entra en escena *Tomasa*, la hija del ventero, seguida de todos los huéspedes de la venta, huyendo de *don Alonso*, que de improviso penetra, acometiendo furiosamente á cuantos halla á su paso. *Don Alonso*, en su manía de buscar aventuras, confunde la venta con un castillo, y toma á *Maritornes*, la zafia criada, por una princesa encantada, y al ventero por el dueño del castillo; todo lo cual da lugar á una serie de incidentes cómicos.

La presentación de *don Alonso* está hecha con suma habilidad, tanto por el autor que imaginó la escena, cuanto por el Sr. Pinedo, intérprete del difícilísimo personaje.

No obstante, la paliza de los arrieros, y el aspecto de la venta, que nada tiene de cas-

tillo, *don Alonso* persiste en su primitiva manía, sin que le convenzan de lo contrario las burlas de los aldeanos y las bruscas respuestas del ventero, á quien comienza á molestar la farsa que en su casa se está desarrollando.

Poco antes de mediar la noche retiranse á descansar todos los huéspedes de la venta, menos el *señor Miguel* que se acuesta sobre un costal de paja á falta de mejor y más mulido lecho.

Cuando todos duermen aparece en escena el arrieroa que espera á su adorad., *Maritornes*; luego se presenta ésta, y después *don Alonso*. Este cree que la zafia moza, que su fantasía ha convertido en princesa, viene en su buca, lo cual da lugar á una situación musical, en la que Chapí da fe, una vez más, de su talento é inspiración con un lindo dúo cómico que el público no supo apreciar en todo su valor artístico.

*Don Alonso* se entusiasma y abraza á *Maritornes*, y en este momento aparece de nuevo el celoso arriero, empuñándola á puñetazos con el andante caballero, de cuyo lance sale tan mal parado como del anterior.

Sigue á esta escena un bonito número de música que, como todos los demás que componen la partitura de *La Venta de don Quijote*, se aplaudió con justicia, y terminado aquél vuelven á presentarse de nuevo el cura, la sobrina y el ama de llaves de *don Alonso*, que al oír sus voces, penetran en la venta para prestarle ayuda. Como las exhortaciones de sus familiares, lejos de calmarla la exasperan más, el cura la dice que se han presentado en su casa solariega unos opulentos magnates que de luengas tierras vienen en su busca, en nombre de una princesa de Etopia reclamando la eficaz y decisiva ayuda de su poderoso y esforzado brazo.

En cuanto oye esto *don Alonso*, se dispone á marchar seguido de su escudero *Blas*, que es el que le anima para realizar tales aventuras con la esperanza de llegar á ser gobernador de una insula.

Allí nace en el cerebro de Cervantes su maravillosa é inmortal creación. Tal es, á grandes rasgos descrita, la comedia lírica del señor Fernández Shaw. La obra termina con un precioso cuadro plás-

tico que representa la célebre cuanto grotesca aventura de los molinos.

El maestro Chapí, cuya habilidad escénica tiene bien acreditada, ha servido la obra con el soberano arte de que hace gala en todas sus producciones, consiguiendo que se aplaudieran y repitieran por deseo unánime del público todos los números de la partitura. La música, en fin, se adapta perfectamente á la índole de la comedia, y en esto consiste uno de los principales méritos de Chapí.

De la ejecución podemos decir mucho y bueno. Miguel Soler, el concienzudo director de escena del teatro de Apolo, interpretó magistralmente el carácter del *señor Miguel*. Como actor y como cantante se mantuvo durante toda la obra á la altura de su reputación. Respecto de la dirección escénica, merece las más sinceras alabanzas.

Si Bonifacio Pinedo no hubiera consolidado su reputación artística interpretando el difícil papel de *Tarugo*, en *El puñao de rosas*, bastaría para colocarle á la cabeza de los primeros actores que actualmente gozan del favor del público la creación que en *La Venta de don Quijote* ha hecho del tipo de *don Alonso*. Como antes hemos dicho, el papel es de los que pueden degenerar su caricatura; pero el Sr. Pinedo ha sabido dar á tan difícil personaje la vida y el colorido que el autor imaginó al crearlo. Como cantante, Pinedo lució su bonita voz y se hizo aplaudir con justicia.

El veterano actor D. José Mesejo sacó del insignificante papel de ventero todo el partido posible.

Ontiveros, cuyos progresos artísticos son bien notorios, caracterizó fielmente el tipo de *Blas*.

Muy bien todos los demás artistas que tomaron parte en la interpretación de *La Venta de don Quijote*.

Y por último, *La Venta de don Quijote*, ya lo hemos dicho antes, no es de las obras llamadas á enriquecer á su autor; pero este puede mostrarse orgulloso de haberla escrito, porque le acreditaría de excelente literato, si el Sr. Fernández Shaw no lo hubiera probado anteriormente que lo es, y de los de buena cepa. La obra, pues, obtuvo un éxito grande, unánime, sin esos regateos que suelen amargar los triunfos del artista.



EL SEÑOR MIGUEL (Sr. Soler, M.)





SRTA. ANGELA HOMS, DEL TEATRO DE PRICE  
FOT. COMPAÑY



EL REY DE ILIRIA (Sr. Fernández)



EL PRIMBR MINISTRO (Sr. Sánchez)

Fotografías de Compañy



EL MAYORDOMO (Sr. Carrión)

## EL REY MAGO

CUENTO PARA NIÑOS, EN UN ACTO, DIVIDIDO EN SEIS CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL DE SINESIO DELGADO. MÚSICA DEL MAESTRO CHAPÍ

**S**EVERA, como pocas veces hemos visto, mostrose la crítica con *El rey mago*, un cuento de sencillez encantadora, escrito por Sinesio Delgado, con el único propósito de dar algún atractivo al cartel del Teatro de Apolo durante las últimas Pascuas. Sin embargo, la crítica no tuvo en cuenta esta circunstancia, y *El rey mago* fué objeto de un soberano vapuleo, á nuestro juicio injustificado como nunca.

Cierto que Sinesio Delgado no estuvo en esta tan afortunado como en otras obras de la misma índole y hechas con idéntico fin; pero convengamos en que la cosa no era para tanto, ni para que los señores del escalpelo se mostrasen tan severos.

No es el antiguo director de *Madrid Cómico* de esos autores que buscan el acaparamiento y el usufructo del cartel á perpetuidad, que hartas pruebas tiene dadas de su desinterés, y muy recientemente una: la de escribir una obra para una sola representación, cuyo estreno verificose en el Teatro Real en la función á beneficio de la Sociedad de Actores dramáticos y líricos, y en la que tomaron parte todos los artistas de los teatros de Madrid.

Teniendo todo esto presente, débese, pues, perdonar al esclarecido poeta este pecado, que no es mortal ni mucho menos.

*El rey mago*, como sus hermanas gemelas *El galope de los siglos* y *¿Quo vadis?*, pertenece á ese género que todavía no han definido los preceptistas; tiene algo de las antiguas comedias de magia que tanto regocijaron á nuestros respetables antecesores; no poco de las obras bufas, y mucho de los cuentos fantásticos que tanto entretienen á los niños, para los cuales Sinesio Delgado imaginó y escribió *El rey mago*. Además, esta obrilla está muy bien escrita, mucho mejor escrita que otras que los aristarcos nos ponen por las nubes, obligándonos á tomar como oro de ley aquello que es doble del de peor calidad, ó cuando más, oro americano.

Porque Sinesio Delgado es, ante todo, un literato de los de primera línea y un poeta todavía no apreciado en su justo valor. Allí están sus obras para justificar esta afirmación.

Divídese *El rey mago* en seis cuadros. El primero se desarrolla en una mísera y destartalada guardilla, en la que entrando por una ventana, aparece *Nemesio* con evidentes señales de haber cobrado el jornal de la semana (pues es sábado y víspera de Reyes) y habérselo gastado en vino. Poco después

entra *Epifanio*, amigo y compinche del anterior, y que se halla en idéntica disposición de ánimo. Cuando los dos individuos se hallan más engolfados en su conversación, arreglando la cuestión social, pues ambos pertenecen al comité socialista del distrito, se les presenta *Natalin*, entrando de improviso por la ventana. *Natalin* es un enviado de los *Reyes Magos* que todos los años vienen de Oriente á dejar regalos á los niños buenos, y obedece su aparición en el domicilio de *Epifanio* á que en su correría por los aires, el Rey Melchor tropezó con una

Como alguien tiene que ocupar la vacante que el herido ha dejado en la comitiva, á *Natalin* se le ocurre la feliz idea de elegir á *Epifanio* para *Rey mago* provisional, y sin atender sus protestas le obliga á salir por la ventana, llevándose por los aires.

Y aquí termina el cuadro primero, que deja al espectador esperando con impaciencia los grandes y maravillosos acontecimientos que á su vista se han de desarrollar en el transcurso de una hora.

Segundo cuadro. Montañas nevadas. A la izquier-



LA CAMARERA MAYOR (Srta. Moreu)



IRMA (Srta. López Martínez)

Fots. *Compañy*

chimenea y se causó una herida que le impide continuar su camino. Pero como la comitiva no se puede detener, pues la leyenda tiene que cumplirse, se ha resuelto que el herido se detenga en cualquier parte, y ningún sitio mejor para ello que la mísera guardilla de *Epifanio*. De aquí resulta el allanamiento de morada que comete *Natalin*, exigiéndole además que ponga su cama á disposición del herido, contra lo cual protestan los dos amigos; pero no tienen más remedio que obedecer, pues la actitud de *Natalin* no admite réplica.

da se ve la fachada de una choza. La pálida luz de la luna ilumina el paisaje.

Después de un lindo coro de pajes de la reina, una bruja que se aparece allí les advierte que en la corte ocurren cosas gravísimas y de difícil solución. El soberano de aquel reino se ha pinchado el dedo meñique con la punta de una aguja envenenada y ha muerto á consecuencia del pinchazo. Según las leyes del Reino, su viuda tiene que acompañarle á la tumba, si antes de transcurrir las primeras veinticuatro horas el hada protectora del

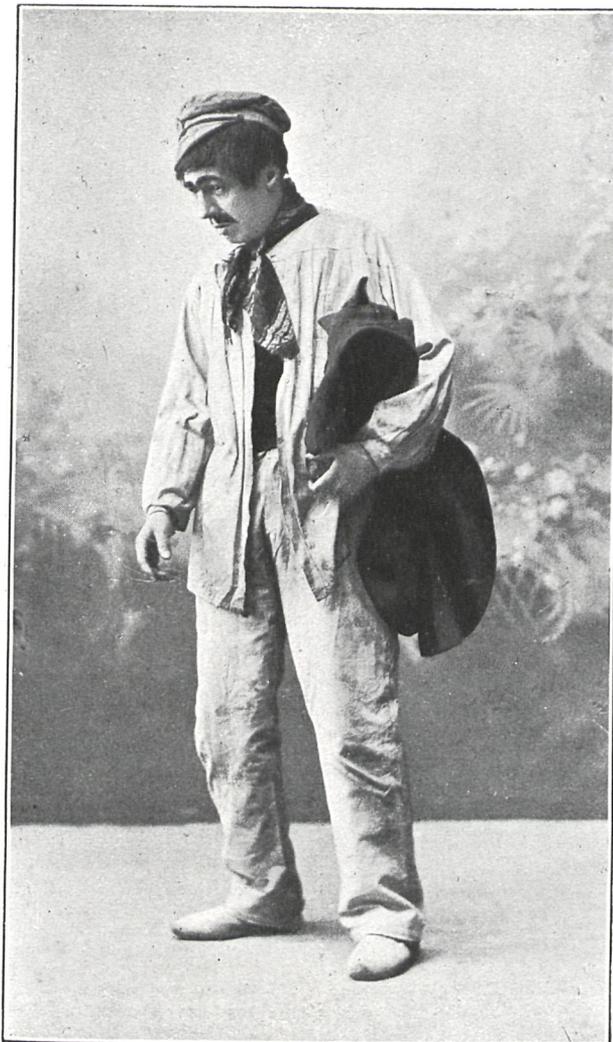
pais no ha enviado sustituto, como señal de que el difunto está disfrutando de la ventura eterna.

Como la reina es muy guapa y muy amada por sus súbditos, la bruja promete poner en juego toda su influencia para evitar el cumplimiento fatal de aquella ley.

Empieza á amanecer. La orquesta inicia la marcha triunfal de los reyes magos, y en lo alto de la montaña más lejana aparece la vanguardia de la comitiva regia que es numerosa y espléndida. Ocupando el puesto del rey Melchor, que como ya dijimos quedó herido en la cama de *Epifanio*, aparece éste convertido en *rey mago* por obra y gracia

mirablemente presentado, y muy aplaudidos el decorado y el atrezzo.

Sucede el tercer cuadro en una galería del palacio de la reina. Allí se presenta la bruja autora de todos los milagros realizados en el cuadro anterior, haciendo presente al *Mayordomo* sus deseos de ver al rey *Epifanio*. Pero como la dicen que su pretensión es irrealizable, porque eso de ver á un monarca, lo mismo allí que en cualquier parte, es cosa más difícil de lo que parece, la bruja se enfurece y amenaza destruir la dinastía, descubriendo ciertas tramas que se han fraguado en la Corte en contra de la legítima heredera del trono, realizadas por



EPIFANIO (Sr. Carreras)



EL MAESTRO DE CEREMONIAS (Sr. Soler)

de *Natalin*. Densa nube invade la escena, que queda completamente á oscuras. Al hacerse la luz de nuevo, han desaparecido la brillante comitiva y los demás personajes, excepto *Epifanio* y *Nemesio*, los cuales quedan sobre la nieve, comentando lo que les ocurre, y creyéndose víctimas de las alucinaciones que son hijas del vino malo. Pero su asombro llegó al colmo, cuando ven que se presentan ante *Epifanio* el *Mayordomo* de la corte, el coro de pajes y muchos soldados, todos los cuales le reconocen por su rey, rindiéndole el debido homenaje.

Y aquí termina el cuadro segundo, que fué ad-

mágicas artes en el monte sagrado. En esto aparece *Nemesio*, el cual está indignado contra *Epifanio*, porque olvidando las ideas expuestas en el comité, ha aceptado la corona. La bruja dice á *Nemesio* si quiere ayudar á realizar sus planes de venganza para destronar á *Epifanio*, pero aquel se niega á ello por no ir con tan desagradable compañía. Pero de pronto, aquella bruja que daba miedo se transforma en una hermosísima joven, y entonces ¡claro está! se decide desde luego á acompañarla.

Sale *Epifanio* luciendo los atributos de su elevado cargo á conferenciar con el primer ministro que ya le espera para darle cuenta de la marcha de los



UN ESCLAVO

un desertor de una casa de orates.

Comienza el cuadro cuarto con un coro de pajes, número que en una obra como *El rey mago* no podía faltar, comentando la disposición de ánimo en que se encuentra la *Reina* á causa de su inopinada viudez. S. M. dice á los pajes que el hada del monte, no sólo la abandona, sino que le declara la guerra, procurando hacer que desaparezca el que la casualidad la ha enviado como sustituto de su esposo, para que en cumplimiento de una de las leyes del Reino, la viuda tenga que morir como su esposo. Los pajes se ponen incondicionalmente al lado de la atribulada soberana, prometiendo solemnemente morir en su defensa.

En esto, anuncia el maestro de ceremonias de la Corte la llegada del rey de Iliria, que viene á dar el pésame por la muerte del rey. El soberano de Iliria es hechura y protegido del hada misteriosa, y su llegada pone en cuidado á la viuda, pues advina sus planes malvados. Las visitas de los reyes no traen, por lo general, nada bueno. Como para recibir al huésped disponen las leyes de la etiqueta que el rey consorte se halle presente, la reina man-

asuntos del Estado y no hay para qué decir la extrañeza que causa al Silvela de aquel Reino la presencia de su nuevo soberano. La escena resulta altamente cómica. *Epifanio*, ó sea el rey, se extraña de las cosas que le dice el primer ministro, que cada vez más asombrado, saca en consecuencia que el soberano es

da aviso á su esposo, el cual se presenta acompañado de lo más florido de sus guardias de honor. La entrevista de ambos esposos, que aún no se conocían ni de vista, resulta una escena grotesca en grado superlativo. *Epifanio*, que no está acostumbrado á tales cortesías, comete las mayores incorrecciones que son la



EL REY (Sr. Carreras)



UN ESCLAVO

admiración y el asombro de sus súbditos.

La entrada del rey de Iliria seguido de su cortes es de un gran efecto. Allí hay derroche de trajes, sedas, encajes y luces, resultando el conjunto de un efecto sorprendente.

Como la situación es musical, el rey de Iliria hace su entrada cantando lo siguiente:

«Salvando á galope los fértiles campos  
de nuestra nación,  
cubierto de espuma el áspero  
[belfo]

de nuestro bridón,  
los bravos soldados  
del Reino de Iliria,  
que para el vencido  
no tienen piedad,  
la patria abandonan  
y rápidos vienen  
á daros la prueba  
de firme amistad.»

Hecha la presentación, que constituye una de las páginas musicales más bonitas de la obra, sin más incidentes termina el cuadro cuarto, lo cual nos permite pasar al quinto, cuya acción se desenvuelve en un lóbrego subterráneo con puertas de hierro.

¿Qué ha pasado allí?—se preguntará el discreto lector.—Pronto lo sabremos. La bruja, que tanto danza en esta obra, está desesperada, porque toda su influencia se estrella contra el poder de los auxiliares que tiene la reina.